

Victoriano Lillo

Marcel Proust y la crítica



PESAR de que no ha faltado quien hable de la intemporalidad de Proust —y al considerarle de ningún tiempo es lo mismo que considerarle de todos los tiempos—, lo cierto es que el gran escritor francés está sufriendo un eclipse en el espíritu de muchos que años atrás le nombraban a cada momento. No olvidemos que “hasta las cocineras leían y comentaban a Proust”, según afirmó un maldiciente. Hoy su memoria sólo perdura —como la de Anatole France o la de Paul Valéry— en el recuerdo de quienes, más que por moda, siempre transitoria, le valorizaron por sus cualidades intrínsecas de escritor originalísimo para su época. Se debería, pues, hablar de la inactualidad de Proust pensábamos cuando nos topamos con un breve ensayo de Francisco Ayala, el magnífico escritor español, que nos daba, siquiera en parte, la razón. “Sin que el nombre de Proust decaiga en nada —dice Ayala— del puesto que una exaltación precipitada acudió a atribuirle para compensar la incomprensión de la primera hora, se ha producido de entonces acá un cambio de perspectiva que necesariamente modifica en nosotros la comprensión del hecho literario, inserto, como todo producto de cultura, en un conjunto que permite su interpretación adecuada”. Le pinta luego, renovando su memoria física, doliente de cuerpo, enclaustrado en la elaboración del recuerdo, eliminando totalmente de su vida el dolor del mundo en torno, hacién-

dose ciego y sordo para las manifestaciones de su angustia en su habitación acolchada donde “sólo se oye el ruido de su pluma trabajando sobre el papel, como una polilla incansable en un viejo armario”. Así, sumergido en el relente de toda especie de malos olores, va el gran enfermo escribiendo su obra imperecedera que, según Ayala, aparece cargada de la exquisitez, la prolijidad, la finura, la elegancia lánguida y desmayada que es propio de los productos de una cultura decadente. Era, en efecto, un mundo que moría el que Proust nos estaba pintando y esto no como un historiador severo cuyo trabajo enjuicia y condena sino sólo —así se dijo muchas veces— “como el entretenimiento de un cronista de sociedad aficionado a las letras que, por distraer sus horas de enfermo, redacta sus memorias enmascarando más o menos sus recuerdos”. La aristocracia vencida, definitivamente desalojada del poder social y aferrada ahora a las cualidades y formas de vida que eran intrínsecas a su perdida función, es lo que Proust saca a luz sin ahorrar detalles, al contrario, buscando formar con ellos los arquetipos más característicos. Sobre la pantalla del tiempo —el tiempo irreversible y único—, el tiempo que domina sobre el espacio y lo transforma, va nuestro escritor trazando su obra inmisericorde. El tiempo —dice Ayala— llega a ser motivo y clave de la obra, su verdadero protagonista. Pero hay que establecer que su trabajo no se relaciona con el tiempo abstracto sino que está adaptado al ritmo peculiar de un tiempo “vivido y reconstruido luego en procesos vivos de conciencia”. Sería difícil describir en menos palabras el sentido total de la obra del gran escritor. Pero notamos que nos vamos saliendo del tema que por hoy nos interesa. Este no es otro que el valor que en su época o posteriormente diera la crítica a la obra proustiana.

* * *

Empezaremos por relatar lo que saben, desde luego, cuantos se han interesado por la vida del asmático genial: su dificultad para encontrar editor. Proust era entonces rico. Podía haber lanzado a vo-

luntad los primeros libros de *A la recherche du temps perdu*; pero eso le resultaba desdorado. Era inútil que escribiera a los editores que lo que ahora aportaba era algo diferente de lo que había hecho hasta entonces. Es algo real —decía—, algo apasionado, algo infinitamente menos malo, algo que no merece el epíteto de “delicado”, de “fin de siglo”, sino más bien de “vivo”, de “verdadero”. No, no fue fácil para Proust encontrar un editor. Fasquelle y Ollendorf rehusaron, desde el primer momento, encargarse de la publicación de su obra capital. La *Nouvelle Revue Française*, grupo de la ribera izquierda, desconfiaba de Proust, mundano de la ribera derecha. Gide, que debía informar, después de una lectura apresurada, contribuyó a desestimar la solicitud, lo que —decía después— constituía *l'un des remords les plus cuisants de sa vie*. Fue Grasset, al fin, como todos saben, quien se encargó de la publicación, la que al principio, por cierto, no tuvo ningún éxito. Aparecida en 1913, la primera parte de *Du côté de chez Swann* sólo algunos amigos, más bien por compromiso, se refirieron a ella. La guerra, por otra parte, retardó la publicación de la obra completa. En los cinco años que transcurrieron, Proust no cesó de corregir y corregir. La *N. R. F.* publicó, en 1919, *A l'ombre de jeunes filles en fleur*, que recibió el Premio Goncourt. En otra oportunidad recordaremos cómo fue obtenido éste y la sorpresa que causó en los medios literarios. En realidad la obra de Proust fue al principio mejor considerada en el extranjero que en su propio país. Entregado a su trabajo en cuerpo y alma, Proust dedicó sus últimos años a correr contra el tiempo. Fue así como en 1920-21 apareció *Le côté du Guermantes* y en 1922 *Sodome et Gomorrehe*. No publicó más en vida. Muerto el 18 de noviembre de 1922, Proust alcanzó a conocer algo de la gloria, ese sol de los muertos, como alguien la ha llamado. “Ningún libro más descosido ha dicho A. Carassus de *A la recherche*... si se compara con la acción trivial de las novelas ordinarias y sin embargo, ninguno está, en realidad, más armoniosamente compuesto. No hay que buscar en él el simple desarrollo de una intriga. No. Los temas son esbozados apenas, abandonados después para ser nuevamente cogidos. Se entrela-

zan en un desorden aparente, se separan y al final venimos a advertir que no hay un detalle inútil y que toda la obra ha sido construida como una catedral. Ramón Fernández ha dicho, por toda la labor de Proust, que es a la vez la historia de una época y la historia de una conciencia. Otro crítico, tan lúcido como el nombrado, completó esa idea agregando que si “Balzac ha pintado un mundo, Proust ha pintado el mundo”. Por su parte, tratando de explicar su propia obra y ya en la gloria no muy extensa de sus últimos tiempos, el autor afirmaba que él sólo había tratado de hacer sensible a todos la música diferente de cada día.

* * *

Espiguemos ahora aquí y allá, en un mero trabajo de recopilación, algo de lo que la crítica ha dicho de Marcel Proust. Se encontrarán, como es natural y como lo hace notar el profesor Chardon, muchos juicios contradictorios. Desde el primero emitido sobre su obra —Beaunier a raíz del prefacio de *Sesame et le Lys* (Ruskin)— hasta el de Albert Thibaudet (*Histoire de la Litterature Française de 1789 a nos jours*). Decía el primero: —“Esas largas frases obstruidas por toda clase de detalles y circunstancias, tienen un encanto extraño y delicioso, el de la meticulosa verdad que parecen expresar y es bien sabido lo terrible que resulta *la moindre verité toute a fait vraie*”. Por su parte Thibaudet nos dice: —“Lo que Balzac ha hecho por la duración histórica, Proust lo ha hecho por la duración psicológica”. Refiriéndose a su pretendido estilo difuso, Louis Martin Chauffier asegura: —“Marcel Proust pasa por un escritor difuso. Así se forman las leyendas. Es, al contrario, el más conciso de los escritores”. Con respecto al valor moral de su obra, damos a continuación tres juicios divergentes. El de Pierre Abraham, quien dice: —“Con Marcel Proust como guía perderéis una parte de vosotros mismos: vuestra humanidad que se atrofia. En cambio con él ganan vuestra perspicacia y vuestra sutileza”. Mauriac, desde su punto de vista de escritor católico, expresa: —“El gran error de nuestro ami-

go estriba menos en el atrevimiento, a veces perfectamente odioso, de una parte de su obra que en lo que trataremos de decir con una frase: la ausencia de la Gracia". Y Armand Dandieu, en *Marcel Proust et sa revelation psychologique*, incidiendo sobre el tema dice: "Es la Caridad más que la Gracia la que está ausente en su obra. Proust escapa a la vez a la literatura y a la moral, ha descendido hasta las mismas raíces psicológicas del arte".

Sabido es que la bibliografía de Proust es abundantísima. Quien quiera informarse más extensamente sobre ella puede consultar el trabajo de Da Silva Ramos titulado *Bibliographie Proustienne* (Cahiers Marcel Proust N.º 6). Nosotros no queremos más que señalar algunos aspectos de su obra entre los tratados por los menos conocidos de sus comentadores. Así Denis Seurat, por ejemplo, nos da una síntesis muy ajustada de su valor al decir: —"Gran psicólogo, gran pensador, gran poeta. Alcanzó su propósito gracias a su vida solitaria. Ha expresado las necesidades profundas de dos razas: la francesa y la judía. Y de ellas ha hecho un conjunto extraordinariamente acertado. Ha llegado, por su raíz judía, hasta las grandes intuiciones de la Cábala: la reencarnación, la ley sexual, la eternidad de las ideas. Ha llegado hasta las percepciones oscuras; pero penetrantes del salvajismo primitivo de la humanidad y en ellas ha encontrado alimento intelectual. Por su lado francés ha demostrado una inteligencia sumamente clara como para ordenar el caos oriental sacándole de sus complicaciones, sus profundidades y sus peligrosos abismos. Ha dado prueba tanto de voluntad poderosa como de intuiciones profundas". No terminaremos este ensayo sin transcribir algunas opiniones que fijan a Proust en sus principales características literarias. Benjamín Cremieux, sin duda el crítico que ha estudiado más acuciosamente su obra, fue el primer escritor que se refirió a la memoria en la obra proustiana al decir que hizo de ella "el fundamento, el tema y el centro de su trabajo". Lo que por lo demás ya había dicho el mismo Proust —con otras palabras— en carta a un amigo: —"He tratado de hacer salir a la conciencia fenómenos inconscientes que yacían completamente olvidados por estar ocultos

muy lejos en el tiempo”. Como arrepentido Gide de su indiferencia primera, nos da un juicio penetrante de la obra de su amigo: —“Cuando leemos a Proust con atención —dice el autor de *Las cuevas del Vaticano*— comenzamos por percibir detalles que se nos habían escapado entre la masa. Me diréis que era un analista. No. El analista separa con esfuerzo, se aplica y explica. Proust lo siente todo naturalmente. En Proust la mirada es infinitamente más sutil y más atenta que la nuestra. En verdad parece prestarnos esa mirada en el momento en que le estamos leyendo”. Ya antes Ramón Fernández había dicho que Proust “parecía recibir el mensaje invisible de las cosas”.

Tal fue, para la crítica, el hombre que a costa de su sacrificio personal nos dio entre los ahogos y miserias de su último tiempo, ése verdadero mundo que es *A la recherche du temps perdu*. A sólo dos meses de su muerte, cuarenta y seis escritores franceses, treinta y nueve ingleses, y unas decenas de otras nacionalidades le rindieron el famoso *Hommage* de la *Nouvelle Revue Française*. Posteriormente se han publicado algo así como medio centenar de libros consagrados a loarlo y esclarecerlo. Posteriormente, como siempre...